

Pedro y los lobos

Mario Méndez

Ilustraciones de Elena Hadida



loquileo



www.loqueleo.santillana.com

© 1999, MARIO MÉNDEZ

© 1996, 1999, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4329-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: ELENA HADIDA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Méndez, Mario

Pedro y los lobos / Mario Méndez ; ilustrado por Elena Hadida. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

72 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4329-6

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Hadida, Elena, ilus. II. Título.

CDD A860.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.200 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Pedro y los lobos

Mario Méndez

Ilustraciones de Elena Hadida

loqueleq

*A mis viejos,
en recuerdo de aquellas
tardes de playa.*

I

Era una mañana de diciembre, cálida y un poco ventosa. Hasta el momento en que Pedro llegó a la costa era una mañana marplatense como cualquier otra, aunque iba a ser distinta. Muy distinta.

Pedro bajó del colectivo, apoyó los diarios en el piso, se ató bien fuerte los cordones y empezó el camino de siempre. Como todos los días, antes de empezar su recorrida de trabajo, cruzó la rambla y se dirigió hacia el mar, a saludarlo metiendo sus piernas flacas en la espuma de la orilla. Ese corto paseo por la playa era su costumbre y su cábala desde hacía dos años: cada día de trabajo comenzaba así, y continuaba con una segunda visita, en las escalinatas de la playa Bristol. Pero esa mañana, al

llegar a la Rambla, Pedro se detuvo boquiabierto. Todavía era temprano y muy poca gente paseaba por la costa; sin embargo, frente a las escalinatas de la entrada, vio a unas veinte personas sorprendidas, formando un círculo alrededor de un ciruja. Éste hablaba haciendo montones de gestos, con las manos, con la cara y hasta con los pies, y la gente lo escuchaba asombrada. Nadie quería creer la historia de locos que el hombre contaba: era una historia imposible de creer. Pedro se acercó al ciruja, lo saludó con un cabezazo, lo escuchó atentamente y unos instantes después salió corriendo. Pedro sabía que aquel linyera decía la verdad.



II

Cuando Pedro entró en la confitería con su atado de diarios bajo el brazo y recibió el saludo de Farías, el mozo que lo conocía desde hacía ya dos años, pensó que esta vez nadie, pero nadie-nadie, le creería lo que tenía que anunciar.

Pedro, diariero de verano, era, a los diez años, el canillita más conocido del centro de Mar del Plata, y quizás el más querido. Para ayudar a sus padres, vendía diarios desde el fin de las clases hasta principios de marzo, y aunque siempre insistía en que él podía hacer el trabajo todo el año sin por eso descuidar la escuela, sus padres no se lo permitían. Con mucho esfuerzo, porque eran pobres y el trabajo no les sobraba, los papás de Pedro preferían que el

mayor de sus cuatro hijos no trabajase. Pedro aceptaba a regañadientes, porque estaba seguro de que podía hacerlo y de que los pesitos que aportaba eran importantes, pero sus padres se mantenían firmes:

—Vos tenés que estudiar, Pedrito. Cuando seas grande ya vas a tener tiempo de sobra para trabajar. Por ahora conformáte con ayudarnos en el verano.

Pedro aceptaba, íntimamente orgulloso de que sus padres lo cuidaran de esa manera, sonreía y luego insistía con su otro reclamo: que cuando estuviera en el secundario, entonces sí lo dejaran trabajar.

—Ya vamos a ver —le decía su madre.

—¡Eh! Para esa época ya vamos a ser ricos, qué te pensás —decía su padre, con el optimismo divertido y contagioso que siempre hacía reír a toda la familia.

Pedro, esto hay que aclararlo, no sólo quería trabajar para colaborar con su familia; además, al pequeño canillita le encantaba su trabajo. Los mozos del centro lo conocían y lo invitaban, casi siempre, con una gaseosa, un

sándwich o un submarino; los colectiveros lo llevaban gratis, parado junto a ellos en el hueco de la puerta, y nunca faltaba algún cliente que después de comprarle el diario le regalaba algo, como hacía el viejo Julián, el librero, o doña Azucena, la dueña de la rotisería. Así, cuando terminaba el verano, Pedro siempre tenía varios libros nuevos en su biblioteca (una estantería que él mismo, con la ayuda de su padre, se había construido) y algunos kilos de más, producto de las empanadas de Azucena o los alfajores que algunas veces compraba y otras veces le regalaban.

La mañana de diciembre de la que hablo, luego de entrar a la confitería donde atendía Farías, Pedro pidió un vaso de agua, se aclaró la garganta y se preparó para anunciar las noticias. Los parroquianos que lo conocían prestaron atención: Pedro era famoso por sus inventos. Sabía muy bien que todos los canillitas inventaban o exageraban las noticias para vender más, y él, que tenía una fantasía desmedida, hacía lo mismo, pero con una diferencia: Pedro inventaba noticias imposibles, que hacían reír a los

clientes y los convencían de comprar el diario.

—El pescador del monumento pescó anoche tres merluzas —gritaba, por ejemplo, y la gente se reía. O, también—: Hay una ballena encallada en la playa: grupos de voluntarios le ponen bronceador para que no se insole.

Pero esa mañana Pedro tenía una noticia desorbitante. Una noticia que había visto un rato antes con sus propios ojos y que le había confirmado su amigo el ciruja. Una noticia que al principio nadie creería, pero que pronto andaría de boca en boca.

—Se escaparon los lobos marinos de la rambla —anunció Pedro y algunas risas secundaron su voz.

—Se los robaron, seguro —opinó uno de los clientes de la confitería, siguiendo la broma.

Pedro lo miró, serio:

—No, no se los robaron. Un ciruja que duerme enfrente los escuchó decir que estaban cansados de que los pinten, que les dolían los ojos de tantas fotos y que se merecían unas vacaciones. Y que tenían que ver al Rey del Mar.